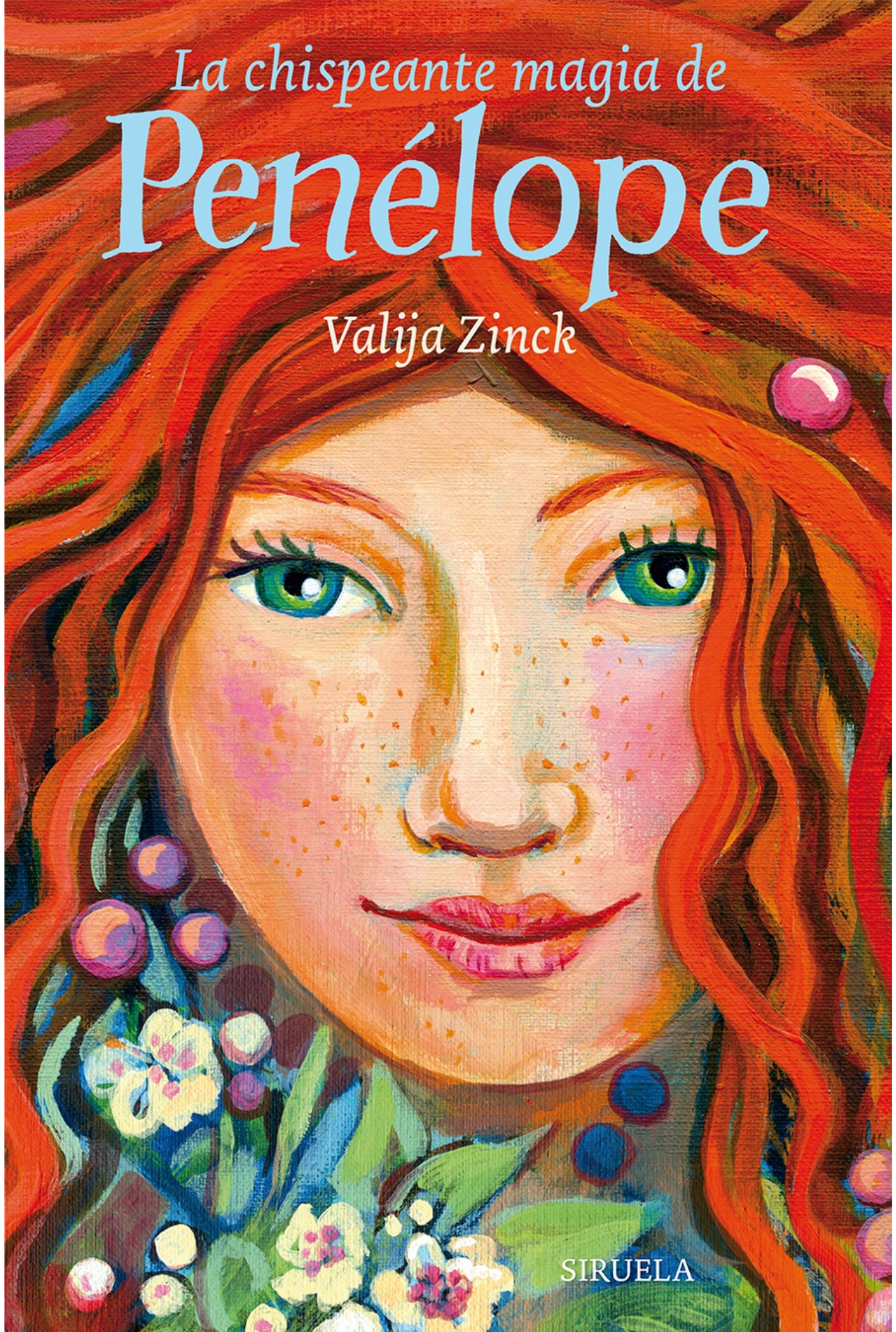


La chispeante magia de
Penélope

Valija Zinck

SIRUELA



»Una oscura noche de tormenta, Leopold me dijo: “Mañana tengo que volver para probar algo, ¿te parece bien si te dejo todo el día sola con Penni?”. Por supuesto que me parecía bien, así que aquella noche no se echó la pasta de cenizas. A la mañana siguiente, su pelo lucía más rojo que el sol y, al salir por la puerta, más que andar, volaba. Me guiñó un ojo, me lanzó un beso y desapareció. Esa fue la última vez que lo vi.

—¿¡Cómo!?! —exclamó Penélope. Estaba tan inmersa en la historia de sus padres que no pudo soportarlo—. ¡No puede ser!

—Eso mismo pensé yo al principio: no puede ser, no puede ser. Pero la carta que me envió un par de meses después no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué carta?

—La carta que decía:

Querida Lucía:

Todo este tiempo sabías que soy diferente.

Lo siento, pero he conocido a una mujer en el bosque que es como yo y de pronto me he dado cuenta de lo que me faltaba durante todo este tiempo.

No quería seguir fingiendo, quería volver a ser yo mismo por fin, así que creo que lo mejor es que me vaya.

Me ocuparé de Penélope.

Un saludo,

LEOPOLD ARTHUR

La madre de Penélope, que antes se había derrumbado, en ese momento se irguió, miró a Penélope y se encogió de hombros.

—Me pasé meses llorando, rezando, pensaba que me iba a morir. Pero no me morí, porque te tenía a ti y tú necesitabas comida y pañales y a alguien que te cogiera en brazos. Tu risa era una cura para mi corazón roto. Pero cuando empezó a crecer el pelo, pensé que todo se había acabado. Lo tenías rojo fuego, como el de tu padre, y yo estaba aterrada solo de pensar que era posible que no hubieras heredado únicamente el color de pelo. Por eso cogí el tarro de cristal grande del armario de Leopold y te unté la cabeza con la pasta de ceniza. Tu pelo se volvió gris como una piedra y yo me quedé más tranquila. Cuando creciste y empezó lo de oír las cosas antes de tiempo, me quedó claro que el pelo no era lo único que habías heredado de tu padre. Penni, créeme, no he hecho esto para que no descubrieras todo tu potencial, sino porque tenía muchísimo miedo de que desaparecieras. Igual que hizo tu padre.

Penélope tomó aire. Le parecía que llevaba media hora sin respirar.

—¿Y luego? —preguntó.

—Y luego nada, eso es todo. Él no está y así debe ser, no quiero tener nada que ver con él. —La voz de su madre volvía a ser dura y melancólica.

—Entonces, ¿qué pasa con la carta y los cinco euros?

—¿Cómo sabes lo de la carta? Bueno, da igual. El caso es que cada mes Leopold envía dinero para ti; el día siete de cada mes llega un sobre gris con dinero, pero nunca hay

tarjetas ni nada personal. Y este mes, al señor se le ha ocurrido la broma de enviar nada más que cinco euros, y menuda gracia nos ha hecho.

A Penélope no le gustaba cómo estaba hablando su madre. Estaba furiosa con su padre, las había abandonado a las dos, pero aun así no quería que su madre hablara mal de él. Era extraño, pero no le parecía correcto.

—¿Y nunca has contestado?

—No tengo ninguna dirección suya y no le escribiría aunque la tuviera. —Su madre se levantó e hizo ademán de salir de la habitación.

—Pero ¿y el matasellos?, ¿de dónde es el matasellos?

—De un lugar llamado Charconegro. Y ahora a dormir, corazón, mañana hablamos sobre qué hacemos, ¿vale? Estoy cansada.

—Y lo de la lluvia de mi cumpleaños que no moja, ¿eso también tiene algo que ver con papá?

—No lo sé, de verdad. ¡A dormir, venga!

Penélope asintió y apagó la luz. Debía asumir que tenía un padre. Tenía un padre con el pelo rojo y habilidades especiales, un padre al que le gustaba reír y descubrir cosas nuevas, un padre que vivía en un lugar llamado Charconegro y que enviaba una carta gris cada mes.



8

UN ENCUENTRO EN LA CARRETERA

La luz blanca de la mañana inundaba la habitación de Penélope. Cuando la claridad la despertó con un cosquilleo, saltó de la cama hacia el baño.

«Es el primer día de mamá en casa, así que voy a ir a comprarle panecillos recién hechos, aunque tenga que subir la montaña». Se lavó y bajó las escaleras. «Además, ahora tengo un padre, ¡un padre que está vivo! Puedo subir y bajar la montaña tres veces si hace falta».

Llena de energía, echó comida para gatos en el cuenco de Cucuu y agua en el bebedero, se puso sus sandalias azules y abrió la puerta de la casa. El mundo brillaba tanto que la cegaba. No se dio cuenta de que un segador gris y amarillo se colaba en la casa, y tampoco Cucuu, que acababa de bajar la escalera y solo tenía ojos para su cuenco de comida.

Penélope cogió la bici del cobertizo y la empujó camino arriba a través de las hierbas aromáticas.

Al llegar al haya, se paró y miró a su alrededor. Qué mañana tan preciosa, llena de luz y de pájaros cantando. Ante ella, la carretera serpenteaba por las colinas hasta perderse en el bosque.

Penélope puso la bici sobre el asfalto y empezó a subir montaña arriba con esfuerzo. No había avanzado mucho cuando escuchó un fuerte traqueteo; al instante siguiente, apareció

el tractor en lo alto de la montaña. Penélope se apartó inmediatamente al borde de la carretera y sintió un escalofrío en la nuca por un momento. «Los míos, los míos», volvió a pensar, otra vez sin saber qué significaba. El tractor ya casi estaba a su altura. Entonces se dio cuenta de que iba directo hacia ella, de que no se había desviado. El enorme vehículo se abalanzaba sobre ella y Penélope no podía gritar, ni moverse, ni saltar a un lado. Su corta vida se había acabado, de golpe y porrazo, aplastada por una máquina verde gigante, bajo sus pesadas ruedas.

Penélope notó el choque, pero no se cayó, aún estaba en pie. ¿Eso era la muerte? No, no podía serlo, se sentía como antes. Parpadeó y vio el tractor tambaleándose sobre dos ruedas, como si estuviera en el aire y no supiera si caer o acabar de volcar. Entonces, como si le hubieran dado un gran empujón, el tractor volvió a estamparse contra la carretera con un gran estruendo y siguió avanzando por las colinas a toda velocidad, como si fuera a cámara rápida. También Penélope sintió un empujón y subió montaña arriba a la misma velocidad. El tractor seguro acabaría estrellándose contra un árbol y Penélope, contra el muro de la casa más cercana.

Cuando el tractor desapareció en el bosque, el ritmo de Penélope se hizo más lento. Paró, se bajó de la bici, se aferró al manillar y respiró hondo.

¿Qué estaba pasando? Penélope se sentía aturdida.

—La última vez, cuando ese tipo te empapó, dijiste que tendría que haberlo hecho pasar por otra curva.

Penélope giró a su alrededor.

—No había ninguna curva a mano, pero pensé que a lo mejor una pequeña irregularidad del asfalto y algo de aceleración también podían servir.

La voz era como un trueno retumbando, parecía venir de todas partes. ¿Procedía de un lugar cercano o lejano, del suelo o del pueblo? ¿O venía de su propio interior?

—No estés tan asustada, querías ir a algún sitio. Si sigues sobre mí, llegarás.

Los pies de Penélope dieron un pequeño salto, alguien le había golpeado las suelas. Miró al asfalto, los adoquines resplandecían a la luz de la mañana, como si no hubieran roto un plato en su vida.

—¿Eres tú? —susurró Penélope.

—¿Quién si no? —respondió la carretera.

—¿Pero, pero...? —Penélope cogió aire.

—Nada de peros —retumbó la carretera, y Penélope volvió a ponerse en marcha con su bicicleta.

Parecía que iba en una cinta transportadora, pasando de adoquín en adoquín sin dar pedales, y cuando llegó al asfalto aumentó un poco la velocidad. Sin embargo, cuando quiso parar en la panadería, perdió el equilibrio y cayó al suelo cuan larga era. La carretera emitió un ruido sordo. Penélope se levantó deprisa, se sacudió y saludó con la cabeza a la mujer que salía de la panadería, como si no hubiera pasado nada. Entró en la tienda rápidamente.

Cuando salió, miró a todas partes antes de poner un pie en el suelo gris.

—No tienes que ser tan tímida —dijo la voz grave—. Estoy acostumbrada a que me pisen y me pasen por encima con coches, con bicis, lo que sea. Para mí es como un masaje relajante.

—Ah, bueno. —Penélope sonrió, tímida. Aun así, se balanceó sobre su bici y dio pedales con más cuidado que de costumbre.

La vuelta se le hizo más fácil aún que la ida, porque iba cuesta abajo. Al poco llegó al haya.

—Gracias —susurró cuando dejó la carretera y entró en el camino de tierra—, gracias por el transporte. Y por lo del tractor.

—No pasa nada. Bueno, pues hasta mañana a la hora de ir al colegio. Creo que seguiré aquí —se despidió la voz temblorosa.

¿La carretera se estaba riendo? Pero, como Penélope no se rio, la carretera añadió:

—Bueno, también puede ser que me desvíen, ja, ja.

—Ah, bueno. —Penélope estaba contenta de estar sobre el camino de tierra, porque los adoquines se meneaban delante de ella.